

La historia de Adrián López, héroe nacional, es uno de los relatos más dramáticos de la Guerra de Malvinas. Vecino de Merlo, conscripto en ese entonces, Adrián integraba la tripulación de casi mil cien hombres a bordo del ARA Gral. Belgrano aquel terrible 2 de mayo de 1982, cuando el crucero fue traidoramente torpedeado y hundido por la marina inglesa.

Con la impresionante narración de la tragedia del Belgrano y de los episodios que protagonizó este sobreviviente, inauguramos la colección Malvinas: Historias de los Héroes de Merlo para contarles a todos (grandes y chicos) las valientes acciones de nuestros veteranos de guerra: aquellos valerosos merlenses que lo dieron todo por la patria en defensa de nuestra soberanía.

guion y bocetos: **Silestre Szilágyi, José Massaroli**  
dibujos, diagramación y arte de tapa: **Ramón Gil**

© 2022, Ediciones del Pueblo de Merlo  
Distribución gratuita / Prohibida su venta

Impreso en Talleres Gráficos Pelazzo y Cía.  
Av. Argentina 780, Merlo (Buenos Aires)  
en el mes de abril de 2022

El 2 de mayo de 1982 el crucero General Belgrano navegaba en el Atlántico Sur. El mar estaba picado con olas de tres a cinco metros, la temperatura del agua estaba muy baja.



Adrián López cumplía la conscripción a bordo en función de combate, como proveedor de municiones, con cuatro horas de guardia junto a los cañones, y cuatro horas de descanso.



Estaba en la cubierta principal en compañía de un cabo, ambos empapados a pesar de la ropa de protección y de las mantas para protegerse del frío.

A las cuatro menos cuarto Adrián dejó su turno, bajó para cambiarse y secar la ropa en los quince minutos entre el cambio de guardia.

Había terminado de ponerse pantalón y remera ballenera secos cuando entró un compañero.

Habían salido de las doscientas millas de la zona de peligro.

Lloviznaba y no se veía nada, solo el comandante en el puente sabía lo que pasaba. Todo el tiempo esperaban un ataque de avión, de otro barco...



Tenés mate cocido caliente en el comedor.



Dos torpedos pegaron simultáneamente: Adrián dormía en la bodega de proa, junto a los cabos, donde se había puesto la ropa seca. Allí pegó el torpedo, arrancando unos quince metros de proa completamente. El amigo del mate cocido caliente le salvó la vida...



No lo vió nunca más

Cuando Adrián reaccionó veía fuego, y todo como lejos. Dos compañeros de blanco lo sacaron y cerraron la puerta.



En el barco, cuando pasa algo así, se pone en "Operación Z" (en emergencia). Tuvieron tres meses de instrucción previa. Automáticamente fueron cumpliendo el zafarrancho de abandono, sacando a los heridos, cerrando los compartimientos, saliendo para arriba.



¡Vení, salí, salí!

¿Qué pasó?

¡No sé!

A pesar de la instrucción, había mucha confusión por la desesperación de salir a cubierta principal.



Un teniente los ordenó un poco.

¡Despacio, tranquilos, vamos saliendo!



Adrián y unos guardamarinas tiraron al agua varios tanques de aeronafta de doscientos kilos.

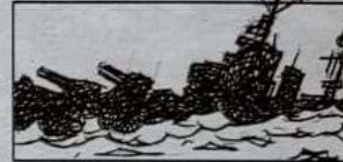


¡Una fuerza increíble, producto de la adrenalina por la desesperación!

Todos querían hacer algo, pero no sabían qué. Sacaban heridos, destrababan las puertas, ayudaban en las escaleras... ¡Fue impresionante cómo se trabajó en esos cuarenta y cinco minutos!



El barco se iba inclinando cada vez más, costaba caminar y llegó la orden de abandonar el barco. Adrián busco su balsa, la número veintiuno, pero no estaba: se perdió con la explosión del torpedo. Un compañero, Daniel Agüero, lloraba paralizado.



¡Nos vamos a morir, nos vamos a morir!



¡No! Qué vamos a morir!  
¡No!



Las cachetadas lo calmaron. Adrián no lo vio más, no estuvo entre los sobrevivientes. Adrián, dándose vuelta, ve a otro compañero en dificultades...



... Rodando por la borda a punto de caer al agua. A mano había una soga, se la tiró.



La soga quedo enganchada en un cañón de cuarenta milímetros.



Al lado de Adrián cayó al agua la cadena del ancla, con un ruido impresionante. Las balsas se empezaban a ir.

Me tiro de parado...

Con nada más que pantalón y remera, embadurnado por el petróleo que contaminaba el agua, trataba de subir pero las olas lo tiraban abajo y lo llevaban hacia el casco.



Logró agarrarse de una balsa enganchado a otro muchacho. No sabía de dónde había salido. Ya sentía el frío.

¡Nos suben, nos suben, que nos estamos congelando!



Las balsas eran para veintiún ocupantes. El teniente a cargo era el "Colorado", un tipo "complicado"... Nadie lo quería en el barco. ¡Justo él vino a tocar!

¡No, retrocedan!  
¡No pueden subir acá!

¡Por favor, levántenos, no podemos más!



El teniente sacó su pistola reglamentaria y la amartilló.

¡Váyanse de aquí!

Se soltaron de la balsa, buscando de dónde poder agarrarse!



Encontraron algo que flotaba y lograron subirse. Estaban medio congelados.



Pasó otra balsa al lado; estaba pinchada, pero llevaba trece marinos: había lugar.



Ellos los agarraron y los subieron con gran esfuerzo.



Comenzaron a remar con todas sus fuerzas, alejándose, para no hundirse con la succión al naufragar el barco.



El barco comenzó a hundirse.  
A proa, entre la niebla y el  
humo se vieron dos figuras  
de pie: el capitán y su  
ayudante.



El barco se hundió de popa.  
Fueron veinte minutos acon-  
gojantes, nadie hablaba;  
todos lloraban de impotencia.



Y entonaron el Himno  
Nacional Argentino.



Cuando pasaron aviones  
desde los botes, lanzaron  
bengalas avisando que  
estaban vivos.



Llegó la orden de unir las balsas atando cabo con cabo, para ir todos juntos



En la balsa de Adrián, pinchada, las olas se metían. Con el cuerpo levantaban el techo para sacar el agua.



Eran olas de cinco metros que los levantaban, se agarraban de los bordes luchando para mantener el equilibrio y evitar que la balsa se dé vuelta

Toda la noche estuvieron con la ropa mojada, sacando agua, la comida arruinada, muertos de frío, embadurnados de petróleo. Adrián vomitaba continuamente por el petróleo que había tragado con el agua. A un muchacho le agarró un momento de pánico.



¡Vamos a morir, vamos a morir!

¡Callate, ya sé que vamos a morir!  
¡No necesito que me lo recuerdes!

Todos estaban rezando y llorando. Así pasaron treinta y seis horas.

Llegó la mañana siguiente.



¡Eh, Muchachos!



¡No hay nadie!



La soga se había cortado y estaban a la deriva.



Se metieron adentro y siguieron luchando contra el agua.

No daban más. Si pasaban aviones, sacaban las cabezas; pero ya se habían ido para cuando tiraban las bengalas. No sabían cuánto tiempo había pasado.



No hablaban más, ya no levantaban las cabezas; antes se despertaban entre ellos, pero ahora ni fuerza para eso tenían.



¡Eh, muchachos!



El buque escolta Piragüé había llegado hasta la balsa orientado por los aviones. Tardaron una hora y media para rescatar cada balsa. Ahora era el turno de Adrián y sus compañeros.



No escuchan...  
¿Quedará alguien vivo?

Bajaré a ver.

Un oficial, buzo, se tiró al agua.



Estaba luchando con las olas para poder abrir el techo de la balsa.

¿Podés?

¡Sí, sí!



Con la voces y el techo que se abrió, Adrián y los otros se despertaron. No sabían si eran los ingleses...

¡Están vivos!



¡Pero no eran los ingleses, eran los nuestros! Comenzaron a llorar.

¡Viva la patria!



Les colocaron los arneses y los fueron izando de a uno a la cubierta del Piragüé.



Cuando estaban izando a Adrián, el oleaje movía tanto el barco que Adrián golpeó varias veces dolorosamente contra el casco.



Ya en cubierta, se quiso poner de pie. No pudo.



No siento mis piernas. ¡Quiero mis piernas!

Quedate tranquilo, están tus piernas!

Ya bajo cubierta, acostado en cuquetas Adrián seguía preocupado: no podía mover las piernas. Estuvieron navegando dos días, durante los cuales los atendía el médico de a bordo.

Les sacaron las ropas mojadas y los envolvieron con frazadas.

Voy sitiado un poco más, ya puedo mover los dedos.



¡Qué pasa, qué pasa?

De pronto se sintió un gran ruido, caían cosas, pasaban todos corriendo.



Creyó que encontraron al submarino y los estaba corriendo. El barco se movía mucho, tuvo que sujetarse fuerte para no caerse. Pero no había ningún submarino, solo fue un susto.

Ya en tierra, **Adrián** estaba nervioso; preguntaba si iban a dejar venir a su padre.



Quería llegar a su casa, ver a su padre, a su madre...

Cuando el avión que lo transportaba con otros compañeros llegó a Puerto Belgrano, se formaron en orden.



Aquí están sus familiares. Quédense tranquilos, los van a encontrar.

Abrieron los portones.

Había mucha desesperación: familiares preguntando por sus seres queridos, etc. **Adrián** contestaba si los había visto mientras buscaba a su padre y su madre entre toda esa gente.



¿A Carlos, a Carlos lo viste?

Estaba en los botes.

¿Y a Pedro? ¿Sabés dónde está?

Cuando llegó a Liniers, con la gorra del **General Belgrano**, la ropa de marina y el bolso con su equipo, la gente lo rodeó; le compraban golosinas, gaseosas, cigarrillos; lo palmeaban admirados, con gran cariño.



¿Cómo fue?

¿Qué te pasó?

No estaban los padres de **Adrián**. Lo llevaron a otros lugares. En todas partes, familiares le preguntaban si a sus hijos los tenían los ingleses, si habían cambiado de vida, deseando que algún día aparezcan...



Tardó mucho hasta que pudo llegar en tren a **Merlo**, y allí esperó el colectivo.

El colectivo 501, recorrido 1, lo dejó en el barrio Matera, donde estaba su casa. Ahí eran todos conocidos.



Una vecina, Doña Rosa, lo vió y se desplomó.



Los padres de Adrián mirando los comunicados por televisión...



Llamó varias veces y nada, no lo atendían...

Adrián se metió, y los padres, cuando sintieron que alguien entraba, ahí recién se dieron cuenta...



Sus padres lo habían buscado, pero nadie sabía nada. Miraban los comunicados por televisión con la esperanza de saber algo.

Adrián se había ido de Merlo como un joven soldado.

